

Nostalgia de Monsiváis

Jezreel Salazar

Borges imaginó, en El Aleph, un objeto capaz de reflejar o contener al mundo entero. Jezreel Salazar descubre en la obra de Carlos Monsiváis una suerte de Aleph verbal. Dotado de una capacidad abarcante, nada escapaba a la pluma-mirada del autor de Apocalipstick.

El primer texto que leí de Monsiváis fue una breve nota que apareció en una revista semipornográfica que solía publicarse en los años setenta (*Eros*). El título del texto me pareció original y llamativo: “Es muy Molesto/ Tener que llegar a Esto/ Tener que Menear el Tiesto/ Para Poder mal Vivir (Impresiones)”. Cuando escribió aquello (1975) yo no había aún nacido; fue en mi adolescencia preparatoriana que estuve en contacto con aquel texto. Lo recuerdo bien porque de inmediato me llamó la atención el lenguaje utilizado por el autor, un estilo que yo nunca había encontrado o leído. La elección de palabras y el modo de acomodarlas al interior de las frases creando imágenes al mismo tiempo irónicas y poéticas hacía del relato una especie de revelación laica; al menos eso provocó en mí, la sensación de una verdad revelada sobre el mundo cotidiano, una versión desenfadada y lúdica sobre la realidad. Enseguida compré un pequeño libro suyo: *Los mil y un velorios. Crónica sobre la nota roja en México*, que editó Alianza (del cual recientemente apareció una versión corregida y ampliada). Hallé en él una lucidez excepcional, aunada a una mirada jocosa sobre un tema que hasta aquel momento yo sólo podía percibir como melodramático. Y a partir de ahí quedé enganchado, y poco a poco fui descubriendo el resto de su bibliografía. Me corrigió: fui descubriendo parte de su bibliografía, pues claramente, debido a su eficiente, veloz y fertilísima pluma, no podré agotarla nunca (lo cual me parece al mismo tiempo magnífico y terrible).

Al enterarme de la muerte de Monsiváis y percibir el tono pesaroso que la rodeaba, recordé su sentido del humor, esa picardía constante que le otorgaba cierto gesto infantil, como si estuviese cometiendo una travesura a la hora de burlarse de la realidad. (Uno tenía que estar, en verdad, muy a las vivas, para dilucidar si decía las cosas de forma literal o en sus palabras se ocultaba alguna ironía, en donde uno podía terminar siendo el objeto de mofa). Por supuesto pensé que en lugar de homenajes, rostros serios y pésames inacabables, él habría preferido que se montase alguna parodia en su nombre, se proyectara cierta película de los Hermanos Marx o que Jis y Trino hicieran una grotesca tira cómica sobre su velorio. Hace algunos años, al recibir uno de sus innumerables premios, dijo: “Mi vanidad está intacta, encerrada en una caja de caudales y no hay manera de sacarla... Desgraciadamente sólo traje palabras en mi contra y no puedo utilizarlas para no quedar mal con lo que han dicho de mí, pero en otra ocasión aclararé que todo es falso”. Contra la costumbre nacional del melodrama y el llanto fácil, Monsiváis siempre apostó por el sentido del humor, el ansia vital del relajo, la ironía jocosa; sobre todo cuando se trataba de hablar de su propia persona. Y esa actitud es justamente una de las herencias que espero lo sobreviva.

Además de nuevos personajes, voces, tonos y tratamientos que antes no estaban presentes, así como la renovación de diversos recursos heterodoxos, Monsiváis

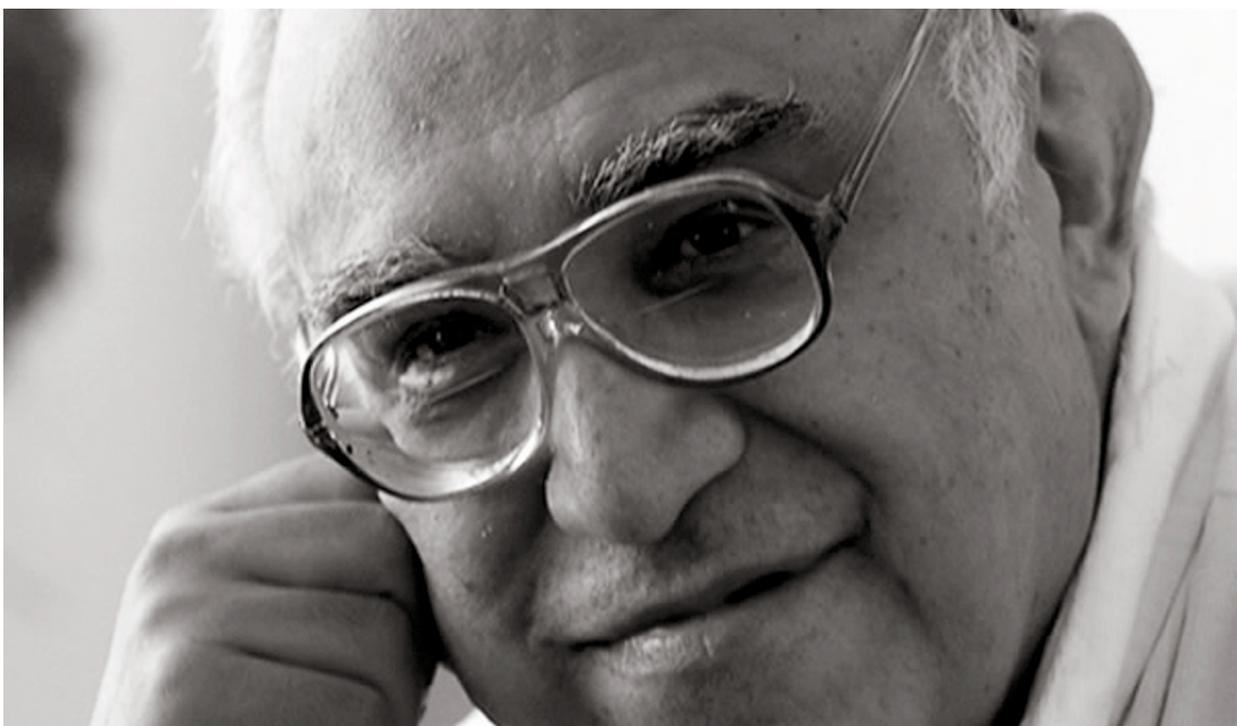
le aportó a la literatura mexicana una nueva forma de mirar la realidad, una perspectiva privilegiada y única de inventariar el mundo en términos altamente creativos que siempre implicaban la clave desacralizadora y humorística. En una tradición dominada por la seriedad, el hieratismo y la pregunta existencial de la identidad (Paz, Rulfo, Fuentes, Elizondo...), Monsiváis (continuando la labor de Novo) reivindicó la risa como un medio para lidiar con una realidad adversa. Al ser antiolemne e irreverente, la obra de Monsiváis resultó una bocanada de aire puro en medio de la gazmoñería y la solemnidad literarias. Se trata de un escritor paródico sin parangón (sólo Ibarregüengoitia está a su nivel en las letras mexicanas). Las distintas formas de la ironía que practicó merecen un estudio aún no realizado.

Christopher Domínguez Michael afirmó que el mayor elogio que se puede adjudicar a un intelectual en México lo merece Monsiváis, porque sin su obra sería inconcebible la tentativa de una cultura mexicana democrática y liberal. Más allá de limitarse a las virtudes políticas de su legado, el elogio adquiere sentido si lo relacionamos con la intención e innovación literarias que practicó el máximo exponente de la crónica literaria en México. A diferencia de lo que opinan sus detractores, la obra de Monsiváis tiene un carácter estético indudable y en su momento más álgido fue la expresión de un impulso altamente renovador. Su obra (multifacética, abigarrada y prácticamente inabarcable por sus dimensiones) es la síntesis original de diversas tradiciones literarias: la sátira anglosajona, el periodismo literario del siglo XIX, el lenguaje bíblico en la versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, la poesía modernista, la crónica de Indias, la ficción ensa-

yística de Borges y Reyes, el nuevo periodismo norteamericano. El suyo es un lenguaje único e irrepetible. Como ha dicho Pitol, la pasión por la forma y el interés en lo popular no suelen ir de la mano. Su excéntrico estilo es uno de los más vitales modos de expresión que ha inventado la literatura mexicana.

Luego de su muerte, a la hora de recordarlo, una funcionaria cultural afirmó que era una lástima que Monsiváis no hubiese escrito más textos *realmente literarios*. Tal prejuicio permea la lectura que se hace de Monsiváis, como si la crónica, por su ánimo referencial, no pudiese ser considerada *literatura*. En Monsiváis esto es claramente falso. Su capacidad para recrear atmósferas, construir personajes, fincar una sólida arquitectura del relato, así como reinventar el habla popular a través de la oralidad, el diálogo, la polifonía... lo vuelven un narrador excepcional, con un poderoso sentido de la intriga (probablemente derivado de su pasión por la literatura policiaca). Sus crónicas lo demuestran; en ellas se puede apreciar no sólo la profundidad de sus interpretaciones críticas sobre lo mexicano (que lo muestran como ensayista único), sino también sus dotes como novelista de no-ficción. A mí parecer, la obra de Monsiváis logra lo que el fallido proyecto novelístico de Fuentes no consiguió: narrar la gran *Comedia humana* a la mexicana.

Si algo logró Monsiváis fue construir una literatura incluyente, plural y crítica. (Detrás de ella, hay un proyecto de nación). El conjunto y combinación de enfoques que maneja, la mirada polisémica que propone y esparce sobre sus objetos de estudio, la multiplicidad de voces que incluye al interior de sus textos, la gama de discursos y referentes (literarios, filosóficos, históricos...) con los que está constantemente en diálogo, la mezcla



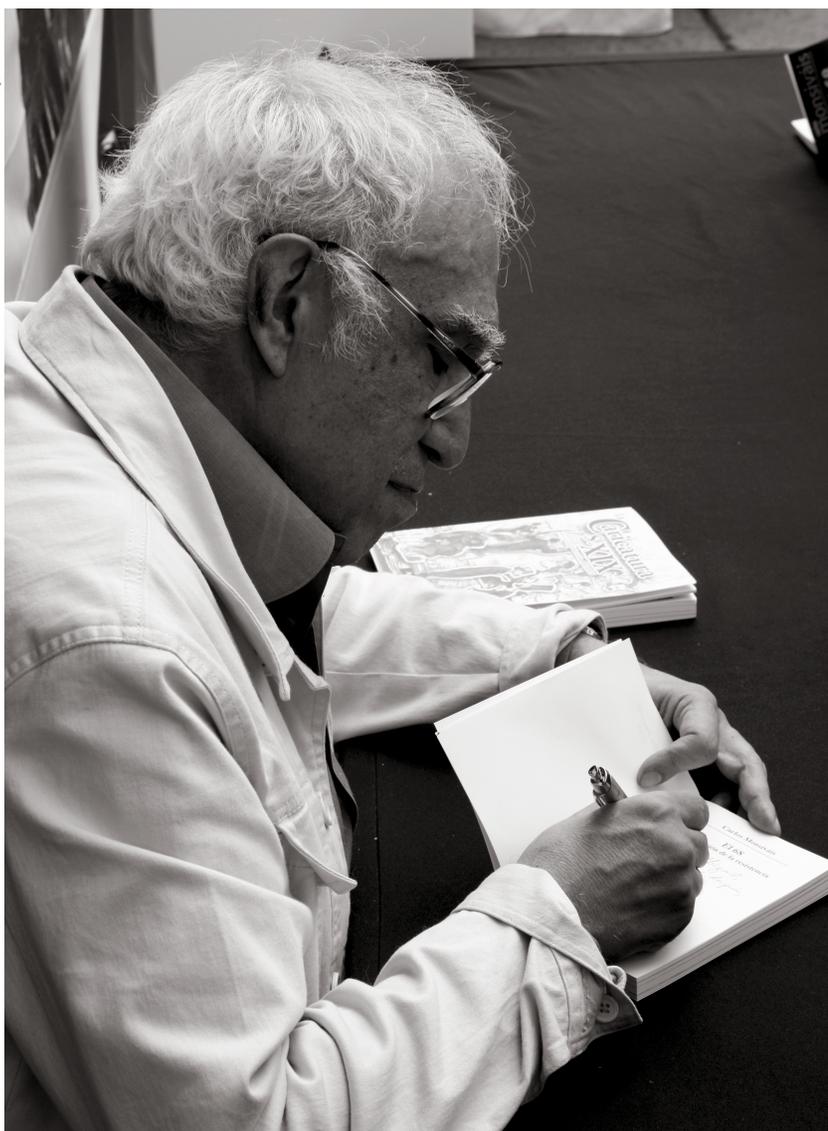
de géneros, la diversidad de registros y recursos retóricos a los que recurre... revelan la obra de un autor que siempre buscó cifrar en su propio lenguaje la voz de los otros, la voz compuesta del espacio público, como si estuviésemos frente a las páginas de un periódico por donde la sociedad entera habla, y es revelada y descifrada por un demiurgo que la reorganiza haciéndola asequible al lector.

Ahí se halla otra de sus virtudes: la generosidad. No hago aquí el recuento de las múltiples anécdotas que confirmarían tal gesto. Sólo me remito al ánimo pedagógico de su obra para ilustrar lo anterior. Monsiváis retomó de Reyes la necesidad de escribir de forma amena sobre los asuntos más urgentes y vastos, siempre pensando en hacer del lector un cómplice inteligente. En ese sentido, si la revaloración de géneros “menores” y populares coloca en tela de juicio la noción misma de ficción, Monsiváis reivindica también una intención política y cívica que la literatura mexicana había dejado olvidada en la gaveta liberal del siglo XIX: su escritura busca ciudadanizar al lector, ponerlo en contacto con valores modernos y democráticos, denunciar la demagogia de los lenguajes y hacer de la literatura un asunto

de interés más allá del purismo y del elitismo estéticos, tan vigentes todavía en el mundo cultural mexicano.

Acá debo hacer acto de contrición. Me aflige un tanto que a Monsiváis todos lo reconozcan, pero tan pocos lo lean y estudien. Esa paradoja explica la recepción que ha tenido. En ese sentido, mi generación (la de los nacidos en los setenta) tiene una relación conflictiva, contradictoria con la figura de Monsiváis. En principio diría que para los jóvenes escritores Monsiváis es un referente incómodo. El interés en su obra en muchos casos sólo surge después de saltar prejuicios creados y aceptados acríticamente. El mundo literario en México está repleto de clichés que tienen que ver con el estatus. Se refrendan las opiniones en boga y se celebran autores que el mercado o el malentendido han designado como los “legítimos”. El lugar común es nuestro púlpito favorito. Por ello, desde hace algunos años, respecto a Monsiváis se corean planteamientos supuestamente transgresores e iconoclastas: “es un autor que ya no tiene más por decir”, “un periodista que no hace literatura, y en todo caso se dedica al chisme cultural”, “un pensador anacrónico que no se ha renovado y se repite hasta el cansancio”, “un patriarca que no tiene ideas, sino ocurrencias”... En estos veredictos (todos insostenibles) hay algo de parricidio cultural, hecho que tendría algún valor si partiera de la lectura y el pleno conocimiento del autor. Por desgracia, no es así. (No se equivocó Castañón cuando afirmó que el carácter poligráfico hizo del escritor más público de México, un verdadero escritor secreto). Tengo la impresión de que la figura de Monsiváis y su conversión en leyenda tiene mucho que ver en ello. El personaje público, como lo mostraron sus exequias, fue avallasador: todos creían conocerlo sólo por escucharlo en la radio o leer alguna nota periodística en que se reproducían, no siempre con justicia, sus opiniones, lo que propició que a Monsiváis se le dejase de leer, pues “ya se sabía lo que iba a decir”. Las valoraciones de su obra se evadieron y fueron sustituidas por ataques a su omnipresencia cultural, al fenómeno de su persona. Un texto de Luis González de Alba titulado “El gran murmurador” es el ejemplo paradigmático de ese reduccionismo malintencionado. De algún modo la imagen pública que fue adquiriendo Monsiváis, jugó en su contra; lo cual, en todo caso, es un claro efecto de un proceso de consagración e institucionalización cultural, el resultado del éxito de su propio proyecto de escritura.

Por otra parte lo que le ocurre a los jóvenes escritores mexicanos con Monsiváis es lo mismo que le ocurre a ciertas mujeres que critican, de manera general y un tanto sorda, el feminismo: son incapaces de reconocer que la posibilidad de expresarse de ciertos modos, en ciertos contextos, con valores distintos a los que prevalecían en el pasado, tiene que ver justo con los logros de aquello que critican. Monsiváis es un autor vigente en



© Javier Nariñez

Contra la costumbre nacional del melodrama y el llanto fácil, Monsiváis apostó por el sentido del humor, el ansia vital del relajó, la ironía jocosa.

el sentido de que muchos de sus puntos de vista, operaciones literarias y posiciones críticas prevalecen en la literatura actual. Si las temáticas y los compromisos han cambiado, la voluntad de estilo y la visión desenfadada que sustenta su obra se han difundido entre las plumas jóvenes. Diría incluso que la escritura de Monsiváis ha sido central no sólo en cómo concebimos nuestro lugar en la historia del país, sino en cómo se percibe actualmente en México la idea misma de literatura. ¿Quién mejor que Monsiváis ha defendido en nuestro contexto la disidencia como motor de la escritura, el derecho a la expresión irreverente a partir de la primera persona, la noción de la creación literaria como entramado político, la recuperación de lo marginal como espacio renovador de la literatura, el uso de la ironía y la parodia para dar cuenta de versiones no oficiales de la historia, la necesidad de una literatura que rompa fronteras (genéricas, jerárquicas, textuales...) y dialogue con otras formas discursivas?

Lo que sí ha dejado de tener vigencia es la manera en que Monsiváis concebía la crítica del espacio público. Es claro que la clave contestataria no puede seguir teniendo el mismo valor en un país que ha sufrido cambios tan profundos en los últimos años. El debilitamiento de la cultura escrita frente a la lógica del espectáculo y la cada vez menor relevancia de las humanidades en el debate público son factores importantísimos en ese proceso. Con Monsiváis muere una forma de ejercer el oficio intelectual en México. Si encarnó por varias décadas la figura de la conciencia imprescindible, de la mirada lúcida que podía interpretar los cambios y fenómenos por los que atravesaba el país, hoy eso está descartado. Resulta imposible imaginar hoy a un escritor que pueda lograr eso o al que de hecho le interese ejercer tal responsabilidad.

La recepción de cualquier autor es difícil de predecir. Hay algo de azar y también de capricho en el destino de los libros. No obstante, me parece que es posible afirmar que Monsiváis será leído y mucho en el futuro, debido en buena parte a su bibliografía ilimitada. El campo editorial mexicano se vio enriquecido por las decenas de miles de cuartillas (el cálculo, se entiende, es tan ambiguo como moderado) que Monsiváis compuso y difundió a través de libros, artículos, ensayos, prólogos, conferencias, entrevistas..., así como por las múltiples fuentes que lo refieren. Si Monsiváis escribió de

manera obsesiva, la bibliografía que lo cita se sigue multiplicando sin parar.

El asunto no es saber si será o no leído dentro de cinco o diez décadas, sino entender cómo es que será esa lectura. Mi opinión es que durante algún tiempo seguirá siendo menospreciado en la medida en que su figura pública permanezca como uno de los grandes forjadores de la cultura mexicana contemporánea. (El subdesarrollo cultural se expresa como complejo frente a la autoridad). Más adelante, cuando eso se desvanezca, poco a poco se reivindicarán otros tipos de lectura respecto a Monsiváis (que aunque se prevén, no se han generalizado): el gran historiador de las mentalidades del siglo XX mexicano, el narrador que practica un tipo de ficción experimental de corte realista, el gran intérprete cultural de nuestra nación, un crítico literario sin par... Cada una de esas lecturas irá definiendo qué se rescata y qué se deja de lado de la extenuante obra monsiwaíta. Si se buscan testimonios o los elementos documentales en sus textos, se rastreará lo que publicó originalmente en periódicos y revistas. Si el interés está puesto sobre los valores estéticos, seguramente nos remitiremos a sus libros (siempre pasados por un ejercicio de revisión autocrítica). A este respecto, es claro que una de las fatalidades del periodismo literario tiene que ver con siempre estar escrito a contra-reloj (Villoro, retomando a Benítez, ha dicho que la crónica es "literatura bajo presión"), y el único modo de lidiar con las fallas formales e imprecisiones informativas es la corrección.

De cualquier manera, lo cierto es que estamos frente a un autor que nunca podrá ser leído en su totalidad. José Emilio Pacheco afirmó que tanto en Reyes como en Monsiváis el sentido de la obra está en su variedad y vastedad inabarcables. Por ello, cualquier antología de sus textos implicará siempre una pérdida. Y una edición de sus obras completas redundaría en obstáculo para acercarnos al autor. De cualquier modo, alguien que ejerció como cronista, bibliófilo, polemista, esteta, articulista, crítico del poder, coleccionista, historiador, analista de cine, forjador de opinión pública... no podrá ser olvidado. Se necesitaría el trabajo de varias decenas de especialistas altamente informados, lúcidos y disciplinados para sustituir su actividad cotidiana y el patrimonio que fue forjando día a día. Mientras se encontraba en el hospital se percibía en la esfera pública el vacío de su opinión. No podemos calibrar todavía cómo nos hará falta. **U**